



# Viernes Santo en Cornago

**TEXTO:**

Fermín Labarga García

**FOTOGRAFÍAS:**

Fermín Labarga, Ignacio Galán y Timoteo Vera

La luna llena presta su luz a la tibia noche de la incipiente primavera. Su resplandor plateado deja ver —arriba—, majestuoso, el castillo con sus almenas de siglos y, al lado, la imponente mole del templo parroquial del apóstol San Pedro. En su interior, un incesante ir y venir anuncia que algo importante va a suceder. Sobre Cornago ha caído ya la oscuridad de la noche de Viernes Santo. Comienza la procesión. Se detiene el tiempo.



Bajo el Arco de la Campanilla asoma el cortejo fúnebre. Muy poco a poco, sosegadamente, se va haciendo más nítido un clamor poderoso. Surge éste, con gran sentimiento, de las gargantas de un nutrido grupo de hombres del pueblo, a quienes dirige uno que aguanta una hoja de papel en sus manos. Lee una frase e inmediatamente resuena, grave y varonil, engarzada en una melodía sencilla, cálida, patética. Varias generaciones de hombres avanzan cantando al unísono unas coplas que los cornagueses llevan prendidas en las entrañas del alma: “Llorad, pues, ojos míos; llorad por vuestro amado”. Se sabe de alguno que ha regresado cada año, mientras le quedaron fuerzas, con el solo propósito de repetir el rito que le ata a sus raíces y a la fe de sus mayores. Y el relato de los misterios de la Pasión discurre, lento y piadoso, en las recias voces que se amparan bajo el manto negro de la noche triste: “Venid, venid, lamentos / cercad mi corazón;/ pues canto tu Pasión, /Jesús, y tus tormentos./ Enciendan mis acentos / el pecho más helado...”

Helado se queda, en verdad, quien asiste por vez primera a esta representación sacra que, año tras año, tiene lugar en este rincón recoleto



de La Rioja. La singular belleza del entorno, realizada por la pálida luz de la luna que recorta las siluetas de los edificios y del mismo cortejo sobre ellos, unida a la melodía decadente y sugestiva de los cantos, nos sumerge y transporta







a siglos pasados. Por eso no sorprendería que, de pronto, volvieran a aparecer los cofrades de la Vera Cruz con sus hábitos blancos y sus disciplinas o los franciscanos del convento de Campolapiente entonando el Miserere en



aquel viejo latín ya casi olvidado... Y no es aparición sino presencia cierta la de un caballero vestido a la usanza del siglo XVIII: zapato de hebilla, medias blancas y pantalón de terciopelo negro hasta la rodilla, al igual que la casaca bajo la que se asoma una camisa blanquísima. Sobre su cabeza, una peluca de larga trenza. El caballero porta el pendón de la cofradía; un pendón negro, alto y rematado con una cruz de metal dorado. Por eso, popularmente, se le conoce como el pendonero. De pronto, como surgidos de la bruma de los siglos, aparecen unos encapuchados ataviados con groseras túnicas negras y capuz romo; son los sayones. Uno tras otro, hasta doce, desfilan con cierta marcialidad llevando cada uno de ellos sobre su hombro izquierdo una bandera con una extraña y rica simbología. Ante nuestros ojos desfilan las figuras más variopintas: un león, un cocodrilo, dos elefantes, el sol y la



### La procesión del Viernes Santo de Cornago constituye una de las celebraciones más singulares de la Semana Santa riojana

luna, martillos y tenazas, un esqueleto... Entre dos filas de devotos, viene luego un penitente, denominado Cirineo, cubierto con saya negra y estola blanca, que porta —alzada— una gran cruz. De ella salen unas cintas cuyos extremos sostienen cuatro angelitos, niños de apenas cinco años que, vestidos con túnica azul celeste, encajan en sus cabezas unas curiosas coronitas. Por su parte, el Cirineo, a faz descubierta, luce sobre sus sienes lo que, en tiempos, debió ser una punzante corona de espinas. No cabe duda de que las cintas, de seguro rojas antiguamente, pretendieron reflejar la sangre que, en la Cruz, vertieron las llagas de Cristo. Por eso, los angelitos traen todavía en sus manos pequeños cálices con los que recoger la Sangre redentora. La procesión continúa su curso adentrándose en las retorcidas calles de un pueblo que aún conserva algo de aljama y de fortaleza amurallada. Lentamente va descendiendo hacia la plaza. Aparece ahora otro nuevo cortejo de angelitos, esta vez vestidos de blanco, a los que acompaña y dirige un ángel mayor, encarnado por un mozo de unos dieciocho o veinte años, armado con escudo y espada. Es el angelón o, mejor, san Miguel, cuyas blancas y suaves alas de algodón translucen una ingenuidad secular de trasfondo teológico. Los angelitos portan en sus manos los instrumentos de la Pasión o arma Christi: la columna, los clavos, el título... Al lado, sus madres y abuelas vigilan para que la

seriedad de la comitiva no se descomponga. Cuatro hombres portan sobre sus hombros la urna del Santo Sepulcro dentro de la cual se aprecia la efigie con la que antaño se realizó la función del Descendimiento. Es una talla del Señor muerto, cuya visión conmueve en su severa dignidad. A su entierro ha acudido todo el pueblo, como siempre que fallece alguno de sus vecinos. Detrás, la música melancólica de una pequeña banda deja a su paso sonos de tristes marchas procesionales cuyo eco devuelven las colinas circundantes.

Y, por fin, llega la Madre, la Virgen de la Soledad. Para cualquier hijo de Cornago, la Virgen de la Soledad es el compendio de su devoción y el referente más claro de su condición natal. Hoy no camina, como el 12 de septiembre, entre el júbilo popular mientras resuena la música y los cohetes rompen los azules cielos del valle del Linares. Hoy, la Virgen







camina triste detrás del cadáver yerto de su Hijo amado. No obstante, va esplendida, ataviada con su vestido blanco y el manto bueno, de terciopelo negro bordado con

hilo de oro por las monjas... En el pecho, el corazón traspasado por la espada de dolor y, sobre su cabeza, un gran resplandor de plata rematado por las estrellas apocalípticas.

Otras estrellas, las del firmamento, se asoman detrás de las nubes para asistir a la función en la que se va a rendir honores a Aquel a cuyo nombre se postran el cielo y la tierra. Llegada la procesión a la plaza, el cortejo se detiene. Los que traban las andas de la Virgen se adelantan y se colocan junto al Sepulcro, delante del cual se ha extendido una gran alfombra. El palio que marchaba detrás de la Madre se acerca para cubrirla mientras asiste a una especie de ceremonia de duelo que tiene mucho de pésame popular.

Varias generaciones de hombres avanzan al unísono cantando unas coplas que los cornagüeses llevan prendidas en las entrañas del alma

Frente a los pasos se sitúa el caballero del pendón y, sobre la alfombra, lo ondea hasta que arrastra por el suelo. Seguidamente, uno a uno, los sayones se

van acercando y, de rodillas, ondean también sus banderas delante de las imágenes. Despacio, en silencio absoluto, captando la atención de todos los circunstantes. Se adelanta luego el penitente de la Cruz con sus angelitos para hacer la venia; y a continuación, el cortejo angelical dirigido por San Miguel que, a una, repite tres veces la postración, con solemnidad no desprovista de azoramiento. Finalizado el simbólico rendimiento de honores, el cortejo se recompone para comenzar la lenta subida hasta el templo parroquial atravesando las calles empinadas y desiertas de la villa.

Se va la procesión; detrás de la Virgen de la Soledad el párroco, con capa morada, desgrana oraciones que se alternan con los cantos de



La Virgen de la Soledad es el compendio de la devoción y el referente más claro de la identidad del pueblo

las mujeres: “Tras la última mirada, / de maternal ternura / la Virgen angustiada / dejó la sepultura. / Sobre su faz de aurora, / el manto ha recogido / con sangre salvadora / del buen Jesús teñido”.

La plaza queda vacía; el pueblo camina hacia lo alto guiado por la devoción y el amor a sus tradiciones. Arriba, en la iglesia, está ya abierta la suntuosa capilla de la Soledad en cuyo camarín quedará la imagen, delante de la cual –en vela perpetua– nunca faltan oraciones, súplicas y agradecimientos. Mientras, siguen sonando las músicas fúnebres y las gargantas de los cornagüeses siguen cantando la Sagrada Pasión hasta completar las veinticinco estrofas heredadas de sus mayores. De soslayo, alguna lágrima se atisba en las mejillas de aquellas que escuchan hoy en boca de sus maridos e hijos lo que, años ha, escucharon cantar a sus padres y abuelos.

Conforme se acercan al templo (en el que ya han entrado el pendonero, y los sayones y los cortejos angélicos y el Sepulcro), los cantos brotan de las gargantas con mayor ímpetu y brío. Parecería que no quieren concluir, que les appena alcanzar la cima en que se enclava su



iglesia, como otro Calvario. El que dirige los cantos hace una señal con la mano; es la última. Y el eco del estribillo reverbera por los cerros hasta que desaparece en el ancho silencio del Viernes Santo de Cornago: “Llorad, pues, ojos míos; llorad por vuestro Amado”...



## Las banderas y el cortejo angélico

Corría el año 1741 cuando en el seno de la cofradía de la Santa Vera Cruz de Cornago se instituyó el Sermón del Descendimiento. Diez años más tarde aparecen datos relacionados con el peculiar ceremonial establecido, entre ellos la adquisición de “las vanderas de las doce tribus”. Estas banderas, lo mismo que el cortejo de ángeles portando los instrumentos de la Pasión, responde a una concepción típicamente barroca de escenificación simbólica de los acontecimientos capitales de la Redención.





Las banderas, de mitán, hubieron de retirarse dado su estado de deterioro, sustituyéndose por otras idénticas en 1987. Llevan pintados diversos asuntos con el fin de representar una serie de elementos simbólicos que, a no dudarlo, eran puestos en juego por los predicadores de la época en sus sermones. Así, se pueden apreciar en estas banderas: 1.- El sol, la luna y una mano con un compás, con la leyenda *Aut Rex naturae patitur aut maquina mundi disolvitur*; 2.- Un león, representando a África; 3.- Cocodrilos, representando a América; 4.- Dos elefantes, significando Asia; 5.- Un toro, por Europa; Los siguientes cuatro escudos presentan las insignias de la Pasión o arma Christi: 6.- Columna, azotes, esponja, linterna; 7.- Corona de espinas; 8.- Martillo, tenazas, clavos; 9.- Escalera, lanza y rama, y las llagas de Cristo; 10.- El velo del Templo, rasgado, con el Arca y los querubines al fondo y la inscripción: *Velum Templi scissum est in duas partes*; 11.- Una cruz con el lienzo del descendimiento y al pie un esqueleto con la leyenda *Nuestro Rey y Señor murió por los pecados del pueblo*; 12.- Por fin, tres cruces en el monte Calvario, con las escaleras del descendimiento en la central.



La participación de niños vestidos de angelitos se remonta, al menos, a 1756. En años sucesivos aparecen numerosos gastos en los libros de la Cofradía sobre este punto: alas, cálices, coronas, ramos, puntillas, etc. También sobre el atuendo del angelón: chaqueta, medias, zapatos, y hasta una espada.

El acto central de la procesión tenía, y tiene lugar, en la plaza del pueblo donde se procede a “la misteriosa ceremonia de los angelitos”, según se denomina ya en el siglo XIX. Puesto el día de Viernes Santo el Santo Sepulcro en el lugar central, guiados por el angelón y a las órdenes de éste desfilan y se postran los angelitos, al igual que los portadores de las banderas, rodilla en tierra, las rinden ante la imagen del Señor yacente, en señal de pleitesía.

Obsérvese cómo este ritual, que sin duda los predicadores explicaban al pueblo, representa el tributo que cielos y tierra hacen a Cristo una vez sufrida su Pasión y a la espera de la Resurrección. Los angelitos dirigidos por San Miguel representan a los seres celestiales que adoran a su Creador desfigurado ahora por los tormentos de la Pasión. Cuatro de las banderas representan las cuatro partes del mundo entonces conocidas. El simbolismo es evidente.

El resto de banderas recoge diversos elementos característicos del momento representado: el sol y la luna eclipsados, los instrumentos de la Pasión, el velo del Templo rasgado, las cruces vacías en el Calvario, el esqueleto que representa a la muerte vencida por la Cruz, como también se podía ver representando en pasos procesionales en las cercanas localidades de Alfaro, Calahorra y Autol.

Estas banderas, que también existieron (y existen) en otros lugares, llamadas reiteradamente de las doce tribus, fueron a no dudarlo soporte evidente para la realización de la función del Descendimiento y Santo Entierro, respondiendo a un espíritu eminentemente barroco y teatral, que se ha conservado hasta nuestros días, si bien un tanto venido a menos.



Firmes en nuestras raíces.  
La Rioja, el valor que nos une.